

de una vez á él y á ellos se les venían las lágrimas á los ojos, aunque los unos y los otros procuraban encubrirlas, ó sorberlas. Aquí por algunos años probó el devoto Monarca la pobreza de Bethleem y del pesebre de Iesu Christo, para después gozar con merecidos gustos la representación de su grandeza y gloria en este espacioso templo y convento.» De esta manera testigos veraces y religiosos en el referir tales obras y actos piadosísimos del Rey en los años, repito, en que ciertas plumas ligeras lo pintan envuelto en vicios y pasiones, muestran, sin querer, que S. M. también en aquella fecha era modelo vivo de santidad y pureza ¹.

Por aquel mismo tiempo consta que la mucha devoción de D. Felipe, incompatible con la licencia y espíritu mundanal del vicio que se le atribuye, le llevaba muchas veces y en el silencio de la noche, á meditar las grandezas y maravillas de nuestra santa fe, al coro de la capillita arriba mencionada. De lo cual hacen mención señalada los historiadores contemporáneos. Y una noche singularmente mostró muy clara la afición grande que tenía á las cosas santas; porque habiéndose traído á la improvisada capilla un libro nuevo de coro, recogidos ya los monjes y á hora muy avanzada, se entró á gatas por una ventanilla para gozarse en verlo y registrar las divinas letras y sentencias que contenía. Mas el Padre guardián que por oficio y obligación de conciencia velaba mientras que los monjes dormían, se fué al coro y poniendo la linterna á la cara del personaje que allí estaba tan embebido en las cosas de piedad, reconoció bien pronto al augusto fundador; y ámbos, el Príncipe y el buen padre, se quedaron como avergonzados de verse mutuamente sorprendidos: el uno, de que se había entendido y

¹ «Jurávame este siervo de Dios (Villacastin) que muchas veces alzando los ojos á hurtadillas, vió por los del Rey correr las lágrimas: tanta era su devoción y ternura mezclada con alegría viéndose en aquella pobreza, y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenía en su mente de la grandeza en que pensaba levantar aquella pequeñez del culto divino.» Libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por Fr. José de Sigüenza, discurso IV, págs. 549 y 550. Madrid, en la Imprenta Real, año 1605.

visto su entrada por la ventana, y el otro, de haber perturbado, sin quererlo, al piadoso Monarca en sus entretenimientos santos y devotos ¹.

II.

MÁS TESTIMONIOS.

Entre la multitud de actos santos y piadosos llevados á cabo por D. Felipe, voy entresacando y prefiriendo aquellos que practicó en los años comprendidos desde 1557 á 1565 para que el buen crítico é imparcial lector vea con sus propios ojos, cómo el Rey, ni en aquel corto espacio de tiempo, ni en ningún otro de su larga vida, dió motivo á las *anécdotas escandalosas*, de que sin fundamento alguno y juzgando sólo por enemigas referencias, cuentan los embajadores venecianos Badoero, Paolo Tiépolo y Soranzo en sus relaciones demasiado creídas y respetadas ². Las prácticas santas á que entonces se consagraba el Rey Prudente entre humildes religiosos en la iglesia provisional de su Maravilla escurialense, declaran que D. Felipe andaba en mejores relaciones y amistad perfecta con Dios y con las virtudes, que con los vicios y el espíritu de la carne. Con efecto: en el año de 1565, el Rey Felipe de España dió al mundo raro ejemplo de humildad y de fe católica en la impe-

¹ «Otra vez estando ya en el aposento que mandó labrar para sí en esta casa, y viviendo juntos él y dos religiosos en ella, supo que habían traído un libro de los de canto llano para los Oficios divinos, tuvo tanta gana de verlo, por ser el primero, que despues de recogidos los religiosos, entró á gatas por una ventana que salía de su aposento al coro; andaba el Prior mirando, como es costumbre, si estaban los frailes recogidos, y como vió luz en el coro entró á ver quien era, y halló al Rey dentro y cogióle con el hurto, de que sin duda se puso colorado, porque era fuerza entender que avia entrado por la ventana: menudencia fué para tan gran Príncipe, mas evidente señal de su codicia, curiosidad y desseo santo y pio.» Sigüenza, libro y discurso citados arriba. Pág. 550.

² Véase el capítulo postrero de la segunda parte de este libro.

rial ciudad de Toledo. Porque en 18 de Noviembre de este susodicho año fué allí á recibir sobre sus reales hombros las andas en que venían las reliquias venerables del Arzobispo San Eugenio. Y aunque se hallaban presentes los Archiduques Rodolfo y Ernesto, hijos de Maximiliano, con muchos grandes y caballeros de la Corte, el pío Rey no se avergonzó, antes tuvo á grande honor y dicha cargar con el tesoro santo. Ni quedó con ello satisfecha su devoción, porque allí delante de tantas gentes y poderosos del mundo, obligó á su hijo el malogrado Príncipe D. Carlos y á sus sobrinos los Archiduques, á tomar como pudiesen sobre sus hombros la caja en que iba encerrado el cuerpo del Santo Pontífice ¹.

De la verdad de este hecho no hay causas para dudar, ya que los autores contemporáneos lo refieren admirando y ensalzando mucho la religiosidad del Prudente Monarca. Por lo que siguiendo la historia al pié de la letra el pincel del valiente Bayeu, dejó este mismo acaecimiento dibujado con mucha viveza de colorido en los frescos del claustro admirable y severo de la catedral Primada de las Españas. El célebre cronista Salazar de Mendoza en su *Monarquía de España* enarra con su elocuencia acostumbrada este mismo suceso de haber traído el rey Filipo el cuerpo de San Eugenio á su ciudad y catedral de Toledo. Hé aquí sus palabras: «Habiendo un (Concilio) en Toledo, trajo las reliquias de San Eugenio (el Rey), llevándolas él mismo en hombros á la entrada de la ciudad y Catedral, con gran ejemplo de eclesiásticos y seglares. Igualmente hizo luego con las de Santa Leocadia ².»

¹ «Con singular humildad y devoción recibió en la ciudad de Toledo el cuerpo de San Eugenio, cuya entrada en Toledo fué á 18 de Noviembre del año de 1565, hallándose presente el Príncipe D. Carlos su hijo, y los Archiduques Rodolfo y Ernesto sus sobrinos, hijos del Emperador Maximiliano, los cuales tomaron en hombros las andas en que venían las sagradas reliquias, y no pudiendo acomodarse á llevarlas por la desigualdad de los cuerpos, las dieron á muchos grandes que se hallaron presentes.» Licenciado Porreño, sus *Dichos y Hechos*, cap. V, pág. 53.

² *Monarquía de España*, por Salazar de Mendoza: tomo II, libro 4.^o, capítulo VIII. La piedad y fe católica del gran Monarca se trata muy larga y minuciosamente en la «Más Luz.....» que sigue á la Nueva.

Ni se compadece el supuesto vicio carnal y vida licenciosa con el celo grande que Felipe II desplegaba por aquellos dichos años mandando á todos los súbditos de sus Estados que recibiesen y acatasen con toda humildad y veneración los cánones y disposiciones todas del Concilio de Trento. La llama de amor divino y devoción grande que tenía á la Iglesia de Dios le obligaban entonces á dirigirse por escritos y embajadas á los pastores de Israel puestos por el Espíritu Santo para gobernar la grey católica, encargando y suplicando que para mejor cumplimiento de la doctrina y reglas canónicas de Trento, se congregasen, y celebrasen en la manera posible y acostumbrada concilios provinciales. Confírmalo todo el mismo Salazar de Mendoza cuando escribe: «Ninguna empresa ni pensamiento tuvo el Rey por más principal, que la exaltación y defensa de la Religión católica. Tenía todas sus miradas fijas en el luteranismo y en Mahoma. Y habido el Concilio Tridentino (1542 á 1563), tuvo cuidado sumo de extender y obedecer sus decretos, mandando con mucho celo y hasta rigor, celebrar otros en Toledo, Santiago, Zaragoza, Valencia, Milán, Lima, Méjico y en otras partes ¹. Muchas páginas serían menester aún para contar debidamente las demostraciones extraordinarias de santidad y devoción que el pío Monarca hizo cuando fué canonizado el humildísimo lego de San Francisco, Fray Diego de Alcalá, con la virtud de cuyo cuerpo quedó el Príncipe D. Carlos libre y sano milagrosamente de aquella grave enfermedad que en 1563 padecía en la ciudad ilustre de Acalá de Henares ².

¹ Salazar de Mendoza en el libro, tomo y capítulo dichos de la obra citada *Monarquía de España*. No se olvide y téngase muy presente que en este y otros casos en que el Rey mandaba observar los cánones y decretos conciliares tridentinos y también las reglas de los institutos religiosos, obraba por comisión y voluntad pontificia. No hay; pues, en esto motivo cierto para acusarle de regalismo.

² «Asímismo hizo grandes demostraciones de piedad, liberalidad y devoción en la canonización de San Diego, y recibió con grande amor y ternura la de San Jacinto, y procuró la de San Luis Bertrán y San Nicolás Factor.» *Dichos y Hechos* de Felipe II, por Baltasar Porreño, cap. V, pág. 52.

Atrás queda ya dicho y probado cómo este gran Soberano jamás abandonaba las obligaciones de gobernar y dar leyes sabias á sus vasallos por entregarse, como hoy escriben plumas mal guiadas, á sus caprichos, minuciosidades y devociones: y no andan camino de verdad quienes así las manejan, porque otros de mayor peso y muy sabedores de lo que pasaba en la vida privada de D. Felipe, escribieron las palabras que siguen: «Notósele curiosamente que aunque tuvo muchos ejercicios espirituales y devotos á que acudía, jamás hizo falta al gobierno, ni ménos por el gobierno dejó de acudir al oratorio». Y en otra parte dicen:

«Por muchos negocios que tuviese, jamás dejó las horas, sus santos ejercicios y devotas oraciones, y andaba en las procesiones del Santísimo Sacramento la cabeza descubierta, y estando en Córdoba en una de ellas le suplicaron se la cubriese (de alguna manera) por el excesivo calor del sol, y el respondió: «Este día no hace mal el sol», aludiendo á lo que había dicho el Emperador su padre, que ni el sol del día del Corpus, ni el sereno de la noche de San Juan, ofendían á nadie. *Per diem sol non uret te neque luna per noctem.* Psalm. 120, palabras del Rey Profeta David»¹.

No se acaba fácilmente de expresar el grande entusiasmo y loa con que las crónicas del siglo XVI ensalzan la humildad, religiosidad y piedad del Monarca Prudente. Era en extremo celosísimo en buscar y extender por todos los caminos y naciones la gloria de Dios y de la fe católica. Así se explica aquel no descansar, ni un punto, en perseguir y matar las herejías y mentidas religiones, que los hijos de las tinieblas creaban racionalísticamente en Francia, en Inglaterra y en casi todas

¹ El mismo Baltasar Porreño, en el cap. V de sus *Dichos y Hechos del Rey D. Felipe II*, pág. 53. Al propio tiempo que mostraba D. Felipe tan loable y resuelta intransigencia con los herejes, cedía fácilmente con sus rivales cuando de ello resultaba provecho para la Iglesia. «Por estos tiempos se proseguía el Concilio de Trento, y escribió el Rey Católico á su Embaxador, que si los franceses pretendiesen impedir el Concilio, tomando color de la precedencia de su Embaxador, porque el Concilio no se deshiciese, cediese el lugar.» Licenciado Cepeda: *Resumpta Histor.*, lib. IV, pág. 146. Madrid: 1642.

las potencias del Norte. No había manera, ni camino posible de acercarle, poco ni mucho, á los enemigos de la verdad, ni mucho ménos convencerle á confederarse y ponerse en amistosas relaciones con ellos. Porque creía, y con razón, que tales caminos no conducen sino á mayores males y profundísimos abismos; y si alguna vez le representaban sus consejeros que era preciso ceder y darse la mano con los enemigos de la fe para evitar mayores calamidades, respondía con la entereza del Rey puramente cristiano y español, «que en ningún tiempo se había de decir de él que por sola una hora tuvo paz con herejes ni diese libertad de conciencia á quien se la pedía»¹.

Cosa singular: no faltan con todo, quienes sin escrúpulos ni temores enseñan que el Rey D. Felipe II tenía horror á la justicia, é indiferencia glacial para lo bueno y lo grande. Y sin embargo, los historiadores de aquel siglo, como se va viendo, que le conocieron y, por decirlo así, midieron los pasos todos de su vida, le presentan á los ojos como ejemplar de fe y caridad, de justicia y de prudencia. Refieren con elocuente sencillez que no era D. Felipe de aquellas almas que se dejan arrastrar hasta la podredumbre de las pasiones feas y carnales. Ni nunca se probará que cobijase en sus entrañas aquella intención perversa y sagacidad maquiavélica que le imputa y atribuye, siguiendo el infundado pensar de los Schiller y los Leti, madama de Stael². Todo lo contrario: complacíase Su Majestad en ser favorecedor sincero de grandes y pequeños, y por reverencia á la justicia dejaba que sus jueces la administrasen con toda libertad é igualdad, habiendo tenido siempre cuidado

¹ «Fué muy zelador de la honra de Dios y de la Religion christiana, enemigo capital de herejes, á quien persiguió siempre con todo su poder y con gran constancia y brío sin arrostrar á tener con ellos amistad ni confederacion. Nadie osó proponérselo, y si alguna vez se le representaban los excesivos gastos que en semejantes guerras se hacían para persuadirle, respondía que en ningún tiempo se había de decir de él que por sola una hora tubo paz con herejes, etc....» *Monarquía de España*, por Salazar de Mendoza, libro y capítulo arriba citados.

² *De l'Allemagne* por madame Staël-Holstein, 3^{eme} édition, tome second, chapitre XVIII: *Les Brigands et D. Carlos*, de Schiller. París, 1819.

sumó en escoger los de mayor aptitud, probidad y entereza ¹.

No sería cosa difícil, si hubiera espacio, traer también á este lugar testimonios varios y muy elocuentes, declaradores de la misma verdad que se va probando, escritos no por historiadores castellanos, sinó extranjeros, y más enemigos que amantes de nuestras glorias y grandezas. Y sólo por vía de ejemplo se puede citar de nuevo al cortesano de Tiépolo, embajador de la República de Venecia. Quien después de afirmar en sus *Relaciones* cómo D. Felipe castigaba severamente á los hombres viciosos y amaba con natural inclinación á los de buena vida premiándolos y enriqueciéndolos; y cómo además, no se fiaba de su propio juicio, sinó que consultaba con mucha frecuencia á los del Consejo, añade esto que sigue: «Es el Rey Felipe II de intención *buenísima*, y en la presente guerra turquesca muestra mucho afecto á la Señoría de Venecia..... Se complace S. M. en el vivir retirado y muchas veces se va al Pardo, al Escorial, ó, á Segovia, lugares de recreo donde sin embargo no cesa de entender y despachar los negocios todos de sus Estados. *Es de vida ejemplar* y no sabe pasar día alguno sin oír la misa y rezar el Oficio divino ordenado por el Concilio de Trento á los eclesiásticos». De esta manera hablan las dichas *Relaciones* particulares y apuntamientos sobre la vida y acciones públicas y privadas del Rey Prudente. Lo cual aumenta la nueva luz y juicio verdadero que sobre Felipe II se va ofreciendo ².

¹ «En todas virtudes theologales y cardinales fué muy insigne, y en la de la justicia que es propia de los Reyes, tan aventajado y singular, que por ninguna consideracion humana la desamparó jamás. Siempre estuvo incorrupto, cintero, libre y igual, de que se pudieran traer tan buenos y por ventura mejores testimonios que los que trae Valerio Máximo de sus romanos y de otros. Dos ó tres dias antes que muriese, confesó no haver hecho injusticia en toda su vida sabiendo que la hacía, y que si acaso la hubiese hecho, sería por ignorancia ó por haber sido engañado. Fué de rectísima intención y muy deseoso de acertar en lo bueno..... Dió grande autoridad y hizo muchos favores á sus jueces y ministros. Con lo cual hicieron justicia libre y desapasionadamente. *Monarquía de España*, por Salazar de Mendoza, libro y capítulo citados.

² «Ha buonissima intentione, e masime nella presente guerra tur-

Ni nadie extrañe este lenguaje tan favorable á D. Felipe entre gentes señaladas en política y diplomacia: porque sus mismos enemigos en este punto, viéronse muchas veces obligados por fuerza de la verdad á dar testimonio de su buena vida. Hasta el protestante Gregorio Leti, en el libro que escribió é intituló *Vida de Carlos V*, al hablar de D. Felipe II, se expresa con estas palabras, dignas de cualquier historiador católico: «Nunca príncipe en el mundo fué más universalmente llorado que éste; porque de seguro, jamás hubo otro que reuniese como él las cualidades que convienen á un gran Soberano sin género de imperfección: á su memoria se debe añadir esta singularidad como una de las mayores maravillas, es á saber: que ha sido y es el único en la historia de quien se han escrito generalmente cosas buenas por todas las plumas, pudiéndose asegurar que ninguna de ellas aunque crítica y maliciosa tuvo como nulas sus virtudes, sus buenas cualidades y su proceder: sobre el cual punto no es posible decir cosa mejor; y así lo confiesan todos aquellos que son conocedores de la historia». Imposible parece que tal haya escrito este italiano heterodoxo; pero le obligó á ello el resplandor de la historia aunque contraria aquí á sus opiniones y juicios particulares ¹.

chesca mostra molta affectione alla signoria di Venetia, et acarrezza molto straordinariamente l'ambasciatore di quella doppo la Vittoria. Se diletta sua Maestá di vivere ritirato e solo e pero molte volte si ridune al Pardo, all'Escoriale, o a Segovia, luoghi di recreatione dove pero non resta d'intendere, o spidire tutti li negotii delli suoi stati. *E di vita esemplare* ne mai sapia passar giorno senza udire la messa e dire l'officio divino ordinato dal Concilio di Trento a gl'eclesiastici.» «Relatione curiosissima della corte di Spagna fatta l'anno 1572 da un cortigiano del Tiepolo ambasciatore della republica di Venetia appresso Filippo d'Austria Re di Spagna.» Consérvase este manuscrito á disposición de todos en la Biblioteca del Cabildo de Toledo.

¹ «Mai principe nel mondo fu piu di questo lagrimato universalmente perche al sicuro mai altro ebbe le qualità che si convengano ad un gran sovrano senza alcuna imperfezione, ed alla sua memoria si deve aggiugnere questa particolarità comme una delle maggiori meraviglie ch'egli è stato ed è l'unico nell'istorie, di cui se n'è scritto generalmente de bene da tutti gl'istorici, ne, si è trovata penna alcuna venche maligna ò critica che formasse minimo de imperfezione alle sue